

# Más allá de la ciencia ficción

Joaquín Torán

1 noviembre, 2010

---

## VACÍO PERFECTO

*Stanisław Lem*

Impedimenta, Madrid 328 pp. 21,95 €

Trad. de Jadwiga Maurizio

## MAGNITUD IMAGINARIA

*Stanisław Lem*

Impedimenta, Madrid 144 pp. 16 €

Trad. de Jadwiga Maurizio

---

La editorial Impedimenta lleva empeñada, casi desde su fundación, y con muy buena maña (por sus cuidadísimas ediciones), en sacar a Stanisław Lem (Lodz, 1921-Cracovia, 2006) del gueto de la ciencia ficción en que ha sido confinado. El Lem realista había nacido tempranamente, con la primeriza *El hospital de la transfiguración* (1947), novela largamente prohibida en Polonia que la propia Impedimenta nos descubrió, por primera vez en castellano, en febrero de 2008. Fue esa obra la que determinó una singular trayectoria literaria, comprometida con el futuro del hombre y atenta, aunque no necesariamente respetuosa, a las evoluciones filosóficas, matemáticas o cibernéticas del saber humano, las grandes pasiones de uno de los más lúcidos e influyentes autores del pasado siglo.

A Lem no le gustaba que lo catalogasen como escritor de ciencia ficción. Su opinión del género era pésima, tanto que en 1973 fue expulsado de la Asociación Estadounidense de Escritores de Ciencia Ficción, de la que era miembro de honor, por afirmar que «estaba mal escrito [sic], pobremente pensado y más interesado en las aventuras que en las ideas». La *boutade* no hace plena justicia a obras de la talla de *Fahrenheit 451* de Ray Bradbury o *Todos sobre Zanzíbar* de John Brunner, pero expresa a la perfección el estado de ánimo que sentía quien se aproximó a la ciencia ficción de forma circunstancial, para soslayar la censura comunista y para poder tratar, desde formas aparentemente ligeras y evasivas, los trascendentales temas que le obsesionaban.

---

Entre *Solaris* (jamás traducida directamente del polaco, aunque Impedimenta ya se ha propuesto subsanar la carencia), *Ciberiada* o *Congreso de futurología*, por citar algunos de sus hitos literarios, Lem redactó también otras obras con las que daba rienda suelta a su talante «cientificista». Conviene señalar que sus libros jamás fueron aburridos o difíciles de entender –aunque sí densos y prolijos–, puesto que en ellos siempre hizo gala de un estilo didáctico y divulgativo, un estilo que también supo trasladar con enorme eficacia a unos ejercicios de habilidad metaliteraria surgidos de la presente declaración de principios: «El autor tenía ideas para cuya realización íntegra no estaba capacitado, no sabía escribir novelas, pero le dolía dejar de escribirlas». Su nostalgia por «lo imposible de realizar» dio lugar a *Vacío perfecto* y *Magnitud imaginaria*, dos de los tomos que conforman el ciclo conocido como «La Biblioteca del siglo XXI».

En relación con la Biblioteca, una colección de reseñas y prólogos de libros ficticios, los críticos y especialistas no se ponen de acuerdo sobre el número de piezas que la integran. Para algunos, la saga se compone de los dos títulos recién mencionados más *Golem XIV*, texto desgajado de *Magnitud imaginaria* que, entre Lem y la editorial polaca Ágora, reconvirtieron en volumen independiente (de próxima aparición, por cierto, en el catálogo de Impedimenta junto con *La investigación*, de 1976). Otros, por su parte, reclaman también la pertenencia de dos tardíos y crepusculares fragmentos, *Provocación* y *Un minuto humano* (ambos de 1982). Discusiones al margen, estamos ante un conjunto de extravagantes tratados caracterizados, en palabras de Andrés Ibáñez, prologuista de *Vacío perfecto*, por «la búsqueda de lo sublime, gigantesco e imposible». El escritor centra toda su fértil fantasía en la concepción de aquellos libros que podrían constituir el acervo y la normalidad de las sociedades futuras.

Los «curiosium» (Lem *dixit*) que componen los dos volúmenes objeto de esta reseña están realizados con la ambición concienzuda de quien reflexiona sobre todas las facetas del conocimiento humano. Del bisturí no se escapan convenciones establecidas como las matemáticas, la cultura o la literatura, ni acontecimientos naturales como la muerte. El énfasis que pone en ciertas cuestiones sólo es grandilocuente cuando está dirigido a contradecirse a sí mismo, pues el reto perseguido no es otro que trascender la lógica de los esquemas racionales, sean humanos o no. *Vacío perfecto* y *Magnitud imaginaria* son sinónimos eufemísticos de «nada», aunque no por ello naderías: la nada de Lem, la nada para Lem, es la postura vital del sabio que prevalece sobre su incertidumbre e inconformismo.

Pocas de estas ideas permanecerían, de no ser por la manera humorística en que están expuestas. Al tener claro que muchas de sus opiniones son impopulares, cuando no intolerables para lo políticamente correcto, el padre literario del piloto Pirx decide revestirlas de ingenio para hacerlas menos dramáticas. Él mismo se encarga de rebajarlas, de aligerarlas, tomándolas por «bromas cargantes». Gracias a ellas, su fría hiel se permite hacer observaciones como ésta: «Habitualmente, primero se habla y luego se piensa y actúa» («Extelopedia Vestrand», relato influido por *Ubik*, de 1969, de Philip K. Dick). O esta otra: «Nadie quería jugar a *Do yourself a book*, no porque se negara noblemente a depravar los tesoros de la literatura, sino porque no veía ninguna diferencia entre el libro de un escritorzuelo de cuarta fila y la épica obra de Tolstói» (de *Do yourself a book*, fragmento que anticipa el fenómeno mash-up, en boga actualmente con híbridos entre clásicos y monstruos al

modo de *Orgullo, prejuicio y zombies*, de Seth Grahame-Smith).

La Biblioteca ofrece lecturas manifiestamente imperfectas, lastradas a veces por la espontaneidad creativa, esa suerte de escribir sin rumbo que llevaba a Lem a callejones sin salida de los que escapaba abruptamente, pero muy gratificantes e inteligentes. Valgan estas líneas para destacar el impagable trabajo de traducción (directa) de Jadwiga Maurizio, una versión revisada de la que realizó ella misma para Bruguera en 1981, por haber sabido sobrellevar el órdago perenne de ese gran jugador del lenguaje, y clave del verismo de estos textos, llamado Stanisław Lem.